

solicitud y su indecible amor hácia todos sus hijos! Allí quisiera yo que hubieran podido empezar las diligencias judiciales; allí que hubieran podido ser preguntados los reos en nombre de la ley; allí delante de aquel cadáver aun palpitante y descoyuntado, traspasado, ó más bien despedazado el pecho, caidos los brazos, los miembros desmayados, apagados los ojos, y todo inundado en su inocente sangre; allí, señor, allí, y entre el horror, las lágrimas y la desolación de aquella alcoba; aquí á lo menos poderlos trasladar ahora, ponerlos enfrente de esas sangrientas ropas, hacérselas mirar y contemplar, lanzárselas á sus indignos rostros y causarles con ellas su estremecimiento y agonias. Así empezaría el brazo vengador de la eterna justicia á descargar sobre ellos una parte de las gravísimas penas á que es acreedora su maldad.

CONFIRMACIÓN.

Asi quieren la razón y la ley de Partida que sea la conciencia ó confesión *sin premia á sabiendas é contra si*, para sujetar al delincuente a la pena del delito: y así han sido, señor, las de don Santiago San Juan y doña Maria Vicenta Mendieta, reos ambos ante el cielo y los hombres de la injusta muerte de don Francisco del Castillo con una atrocidad sin ejemplo.

¿Pero qué género de muerte? ¿De cuál delito son reos? Decir pudiera que del mas negro y horroroso, dejando el regularle á la alta sabiduría de V. A. porque él, mirado bien, es una alevosía cualificada con las circunstancias más crueles; un padre de familia desnudo, desarmado y enfermo es acometido y muerto en su misma cama sobre seguro. Es un asesinato, porque el cobarde matador recoge al instante el vil premio de su iniquidad en los dos doblones de a ocho del escritorio; y este premio, esta paga, este bagisimo interés se lo ofreció su aleve compañera para después de la muerte en la mañana de aquel día, por más que se me diga no haber sido precio, sino dádiva generosa. Es un parricidio, porque la mujer y su adúltero amigo se



ayudan, y á tuerto y con armas matan á su marido é insigne bienhechor, casos comprendidos en este horrible crimen. Es un delito que rompe, destruye, despedaza los vínculos sociales en su misma raíz: un delito contra la seguridad personal en medio de la córte, en el asilo más sagrado y entre las personas más íntimas: un delito que ofende la nación toda, privándola de un hijo de quien eran de esperar inmensos bienes por sus conocimientos mercantiles, su celo y probidad: un delito en fin que ultraja la humanidad y la degrada. El adulterio, el nudo conyugal, las costumbres, la amistad, la patria, el seguro de la córte, el asilo de la casa propia se confunden indignamente en él: todo se conculca, todo se vilipendia, todo se atropella y trastorna, y aumenta todo la atrocidad del atentado.

¿Mas acaso los infelices reos se arrostraron á cometerlo impelidos de circunstancias que lo hagan menos horroroso?

La doña María, se dice, oprimida de un marido cruel, insultada continuamente por su genio altanero, y atropellada y castigada, no hallando otro medio de ponerse en seguro, abrazó este, desgraciado por cierto, pero más digna ella de nuestra tierna compasión que de la severidad y el odio de las leyes.

!Cuáles nos gobiernan, señor! ¡cuáles nos velan y defienden! ¡Qué país vivimos! ¡En qué lugar estamos! Por tan acomodados, tan humanos principios, ¿qué seguridad tendremos ninguno de nosotros de nuestra pobre vida? ¿Quién no temerá hallarse, saliendo de este augusto Senado, con quien por una palabra sin razón, un desaire, un desprecio, un tono altanero y erguido no le prive de ella en un instante, parte y juez á un mismo tiempo en el tribunal de sus venganzas? ¿Será el puñal del ofendido el justo reparador de sus agravios? Un resentimiento, una ofensa, un genio duro, bárbaro si se quiere, ¿autorizan acaso el asesinato ni la negra traición? ¡Sociedad desgraciada si estas fuesen las leyes y velases así sobre tus hijos!

Nunca, se insiste, pudo la doña María recelar éste atentado del ánimo apocado de su adúltero amante. ¡Nunca lo

pudo recelar y se embebece con él en el modo de ejecutarlo por más de dos meses! ;Y va una vez á disuadirselo, agitada de anticipados remordimientos por el último suplicio de otro reo! Y aprobándolo ella; aparenta el traidor su fingido viaje para más bien cubrirlo y deslumbrar! ;Y ella le llora para más electrizarle! ;Y da la terrible sentencia de que *caso de morir uno de los dos muriese su marido!* ;Y le busca y persigue todos aquellos días! ;Y le ceba y le alienta con las dos onzas de oro! ;Le dá la señal de la persiana! Le habla al entrar en la sala! ;Y corre artificiosa á entretener las criadas y fingir un desmayo mientras se consuma la negra alevosía! ;Y se osa decir que no creía que el atentado se ejecutase? ;Cómo, os pregunto, lo pudiera creer? ;Cómo concurrir y cooperar á él? ;Sé quiere para esto que ella misma lleve con su mano el puñal del amante y aseste impávida su punta al pecho del enfermo y desarmado marido? Así tampoco concurrirá al robo el ladrón que tiene la escala por donde sube el compañero, ó apunta con el trabuco al caminante mientras otro le registra y ata.

Quisiera, Señor, quisiera ser indulgente y poderme contener: acaso mis palabras herirán con mas calor que el conveniente al ministerio de templada severidad que ejerzo en nombre de la ley. Pero tan horrible maldad me despedaza el corazón: dad algun alivio á mi justo dolor y mi ternura: el malogrado cuya muerte persigo, era por desgracia mi amigo; conocilo por la rara opinión con que corria su nombre; y cuando se prometia y yo me prometia unirnos con mi nuevo destino en lazos de amistad mas estrechos; le veo robado para siempre de entre nosotros y perdido para los buenos y la patria por la crueldad de una ingrata mujer y de un amigo tan cobarde como fementido.

Por último, se dice que esta infeliz mujer estaba sin libertad ni capacidad alguna para tan gran maldad. Feble y apocada por naturaleza, añadia á la debilidad de su sexo la de su propia constitución, y una pasión furiosa la habia convertido en una máquina que solo recibia su impulso y movimientos de las insinuaciones del adúltero. Así se la vé después ni sentir cual debiera la muerte del marido. si-

»

quiera por la decencia y su seguridad, ni mudar de semblante, impasible cuando se la prende, ni entristecerse por su encierro y dura soledad, ni faltarle en fin el apetito entre los horrores de la cárcel hasta dormir en ella con el mayor sosiego.

Esto se ha dicho por su defensor. Esto se ha dicho. ¡Y podrá sufrirse con paciencia! ¡Era tímida la que sabe exclamar á su alucinado amante *que, caso de morir uno de los dos, muriese su marido!* ¡Era débil la que se arroja á él y le llena de *araños!* ¡La que insiste, al intentarla separar, en que, *la dejen, que ella sola basta para acabarle!* ¡Tímida la que se ceba, se complace por tantos dias en un proyecto tan horrible! ¡La que vé con impávida serenidad el alevoso puñal en la mano! ¡Apocada la que, á pesar de las continuas reconvenções del inocente asesinado, continúa ciega en sus criminales amistades! ¡La que anda á todas horas de calle en calle, de posada en posada en busca del don Santiago!—Pero la pasión de este infeliz la tiene electrizada, sin deliberación, frenética y sin sexo —;Extraña jurisprudencia! ¡Singular raciocinio! ¡Raro modo por cierto de defender un reo y disculpar sus delitos! Así el ladrón pudiera excepcionar que su pasión le ciega; que la idea seductora del dinero le quita enteramente la libertad de obrar, y que no está en su mano, si lo ha visto, dejar de arrebatarlo: el adúltero, que la hermosura y los encantos de la madre de familia honesta le inflama y enloquece; y el torpe violador que en una constitución toda de fuego no le es dado calmar la imperiosa fuerza de su temperamento, ni domar en nada su brutal desenfreno. Ningún delito será imputable por estos horrosos principios; ninguno lo sería si por desgracia fuesen verdaderos; porque ¿cuál hay que no nazca de una pasión furiosa? ¿Ó qué delincuente, por endurecido en el mal, al cometer sus atentados estará sereno? No negaré tal vez que la memoria aguda de su maldad y mil tristes presentimientos tengan al presente como estúpida á la doña Maria: así también suelen estarlo los mayores facinerosos cuando se ven en una cárcel, abandonados al gusano roedor de sus conciencias, delante de sí la horrible imagen de

sus atrocidades; y desnuda sobre su garganta la espada de la ley: que *el mayor corazon se pierde, el más despierto consejo se confunde á la vista de los delitos*. Pero no son por esto menos delincuentes; sus pasiones indóciles y su pervertida razón no pueden impedir el saludable efecto de las leyes en la dirección de las acciones, ni eran ellos estúpidos al cometer el mal. No lo era, no, la desgraciada doña Maria Vicenta, combinando exactamente las infernales operaciones del desastrado dia 9: no lo era, no, volviendo en él á su casa á la una y media de la tarde, enfermo y en cama su marido, de acordar el parricidio con su alevoso amante.

Ninguno, pues, de los dos tiene ni sombra de disculpa con que disminuir lo atroz del atentado: este fué el mayor que pudo cometerse, y yo por cierto, como dije antes, no alcanzo á señalarle lugar entre los delitos. Él ataca la seguridad personal hasta en lo más íntimo y sagrado; ataca el santo nudo conyugal, y le rompe impiamente y despedaza; ataca las costumbres públicas y cuanto hay de más augusto y venerable sobre la tierra. Con este ejemplo fatal ¿quién fiará de nadie, si debe recelar hasta de su mujer? ¿Quién abrirá su corazón á la dulce amistad, si el amigo asesina? ¿Quién á la generosidad y la beneficencia, si es su premio la muerte? ¿Quién en su lecho podrá dormir tranquilo, si en el suyo, cercado de gentes y criados, no se vió seguro el desgraciado don Francisco Castillo? No encuentro ciertamente, lo repito, Señor, no encuentro ni pensamientos ni palabras para su horrible deformidad.

Así todos los pueblos le han perseguido y castigado con las mayores penas, igual en este punto la antigüedad remota con la edad presente.

Legisladores ha habido que no se atrevieron ni aun á nombrarlo en sus códigos, creyendo imposible en la naturaleza un crimen tan enorme. Mas á cuantos lo han hecho la muerte les ha parecido poco, y ha sido preciso inventar y añadirle aparatos y circunstancias que la hagan á la imaginación más y más expantable. Los antiguos egipcios punzaban todo el cuerpo del parricida con cañas muy agudas;

revolvíanlo después en un haz de espigas, y le pegaban fuego. Los griegos le apedreaban hasta morir. Entre los virtuosos romanos, después de azotado crudamente, se le encerraba en un saco con ciertos animales fieros para hacerle su fin más doloroso. En otra parte se le enterraba vivo; en otras se despedazaban sus miembros con ardientes tenazas; en otras se abrasaban y rompían en una rueda. Una ley del antiguo *Fuero Juzgo* le señala la pena capital, repartida su hacienda entre todos los herederos del difunto. Nuestro gran legislador don Alfonso, siguiendo como suele en sus partidas los pasos de los sábios romanos, ordena en fin en la ley del título *de los Omecillos* que, «si el padre matare al hijo, ó el hijo al padre, ó el marido á su mujer, ó «la mujer á su marido, ó cualquiera que diese ayuda ó consejo porque alguno de los dichos muriese á tuerto con «armas ó con yerbas, paladinamente ó encubierto, quier «sea pariente del que así muriese, quier extraño, que este «tal que fizo esta enemiga, que sea azotado públicamente «ante todos, é desi que lo metan en un saco de cuero, é que «encierren con él un can, é un gallo, é una culebra, é un «jimio, é despues que fuere en el saco con estas cuatro bestias, cosan la boca del saco, é láncelos en la mar, ó en el «río que fuere mas cerca de aquel lugar do acaesciere.» Así la ley, señores.

PERORACIÓN.

Y vosotros, sabios ejecutores de ella, rectísimos ministros de la santa justicia, ¿podreis á su vista dudar un solo instante en imponer la clarísima pena que señala á los dos desgraciados parricidas doña Maria Vicenta de Mendieta y don Santiago San Juan? Otro os dijera, arrebatado de su celo, que el fatal cadalso se levantase enfrente de la casa, teatro del horrendo delito. Él es tan atroz en si mismo, y por sus funestas consecuencias en el orden social que merece que le deis el mayor aparato judicial para que imponga y amedrente á los malvados. Los grandes atentados exigen muy crudos escarmientos; este, señores, es el más grave que pudo

cometerse. En esta perversión y abandono brutal de las costumbres públicas; en esta funesta disolución de los lazos sociales; en esta inmoralidad que por todas partes cunde y se propaga con la rapidez de la peste; en este fatal egoísmo causa de tantos males; en este olvido de todos los deberes; cuando se hace escarnio del nudo conyugal; cuando el torpe adulterio y el corrompido celibato, van por todas partes descarados y como en triunfo apartando á los hombres de su vocación universal y proclamando altamente el vicio y la estéril disolución; en estos tiempos desastrados; este lujo devastador que marcha rodeado de los desórdenes más feos; estos matrimonios que por todas partes se ven indiferentes ó de hielo por no decir más; un delito contra esta santa unión exige toda vuestra severidad; un delito tan horroroso la merecé más particularmente; y esas ropas acuchilladas que recuerdan su infeliz dueño; esa sangre inocente en que las veis teñidas y empapadas clamándoos por su justa venganza: la virtud que os las presenta cubierta de luto y desolada; ese pueblo que teneis delante, conmovido y colgado de vuestra decisión; el rumor público que ha llevado este negro atentado hasta las naciones extrañas; la patria consternada, que llora á un hijo suyo malogrado, y hundidas con él mil altas esperanzas; el Dios de la justicia que os mira desde lo alto, y os pedirá algún día estrechísima cuenta del adúltero y del parricida; vuestra misma seguridad comprometida y vacilante sin un ejemplar castigo; todo, Señores, os grita, todo clamar, todo exige de vosotros la sangre impía de estos alevosos. Fulminad sobre sus culpables cabezas en nombre de la ley la solemne pena por ella establecida; y paguen con sus vidas, paguen al instante, la vida que arrancara con tan inaudita atrocidad. Sean ejemplo memorable á los malvados, y alienten y reposen en adelante la inerme inocencia y la virtud, estando vosotros para velar sobre ellas, ó á lo menos vengarlas.

IV.

ORATORIA ACADÉMICA.

D. JUAN DONOSO CORTÉS

DISCURSO DE RECEPCION EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Fragmento.

SEÑORES:

Llamado por vuestra elección á llenar el vacío que ha dejado en esta Academia un varón ilustre por su doctrina, célebre por la agudeza y la fecundidad de su ingenio, y por su literatura y su ciencia merecedor de eterna y esclarecida memoria, ¿qué podrá decir que sea digno de escritor tan eminente, y de esta nobilísima asamblea, quien como yo es pobre de fama y escaso de ingenio? Puesto en caso tan grave, me ha parecido conveniente escoger para tema de mi discurso un asunto subidísimo, que cautivando vuestra atención, os fuerce á apartar de mí vuestros ojos, para ponerlos en su grande magestad y en su sublime alteza.

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y

ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados estrélla del Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones, y de arrebatár las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos: en él vió Dante sus terrificas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España ¿quién enseñó al maestro Fray Luis de León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba á Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderon á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías y aquella vigorosa elocución, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación y habreis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habreis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Por que en la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es, y lo que será: en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y de las cosas; y en su última página el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El génesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, véñse pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos: las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; las monarquías con sus reyes; y los imperios con sus emperadores: Babilonia pasa con su abominación; Nínive con su pompa; Ménfis con su Sacerdocio; Jerusalem con su templo; Atenas con sus artes y sus héroes; Roma con sus profetas y su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan ó se predicán todas las catástrofes; y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias; allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las harpas bíblicas resuenan lúgubremente, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías. ¿Quién volverá á gemir como Job, cuando derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hinche con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá á lamentarse, como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalem, abandonada de Dios y de las gentes?

¿Quién será lúgubre y sombrío, como era lúgubre y sombrío Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba á los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia? Cuéntanse allí las batallas del Señor en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres: por eso, la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegías y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraon y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá á cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la Sibila de Israel, la Amazona de los hebreos, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de gloria pasamos á los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resenaron jamás como en el de Israel, cuando subian al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas con el delgado perfume de las rocas de Jericó y con el aroma del incienso del Oriente? Si buscáis modelos de la poesía lírica ¿qué lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía el oído á las suavísimas consonancias y á los dulcísimos cantos de las arpas angélicas; ó con el arpa de Salomón, el Rey sabio y felicísimo, que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad á la sabiduría; que cantó el amor y sus regalados deijos, y su dulcísima embriagez, y sus sabrosos trasportes y sus elocuentes delirios? Si buscáis modelos de la poesía bucólica, ¿en dónde los hallareis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado; cuando la mujer, la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas y cada una de por sí eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida inocencia? ¿Dónde hallareis sinó allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos; y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales? Y ved, señores, por qué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspiradora de un Dios, han corrido á aplacar su sed en las fuentes bíblicas de aguas inextinguibles, que ahora forman impe-

tuosos torrentes, ahora rios anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, ó tranquilos estanques y apacibles remansos.

.....

Libro prodigioso aquel, señores, en que el género humano comenzó á leer, treinta y tres siglos há; y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aun no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel, en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos; en que sin estudios lingüísticos, se dá noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos, se cuenta la historia; en que sin estudios físicos se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel, que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro en fin, señores, que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas.

Ya veis, señores, cuán libre y estendido campo se abre aquí á las investigaciones de los hombres. Obligado empero, por la índole exclusivamente literaria de esta ilustre asamblea, á considerar á la Biblia solamente como un libro que contiene la poesía de una nación digna de perdurable memoria, me limitaré á indicar algo de lo mucho que podría indicarse y decirse acerca de las causas que sirven para explicar su poderoso atractivo y su resplandeciente hermosura.

SECCIÓN TERCERA.

POESIA.

I

POESIA LÍRICA.

ODAS SAGRADAS.

FR. LUIS DE LEÓN.

En la Ascensión del Señor.

¿Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y Tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
¿Los antes bien hadados
Y los agora tristes y afligidos,

A tus pechos criados, De Ti desposeidos,
 De Ti desposeidos,
 ¿Dó convertirán ya sus sentidos?
 ¿Qué mirarán los ojos
 Que vieron de tu rostro la hermosura,
 Que no les sea enojos?
 Quien oyó tu dulzura,
 ¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
 Aqueste mar turbado
 ¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
 Al viento fiero airado
 Estando tú encubierto?
 ¿Qué norte guiará la nave al puerto?
 ¡Ay! nube envidiosa
 Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
 ¿Dó vuelas presurosa?
 ¡Cuán rica tú te alejas!
 ¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

DE D. FELIX JOSÉ REINOSO.

A Jesucristo Sacramentado

¿Y qué, Señor, bajo ese opaco velo
 La majestad se esconde,
 El poder y esplendor que en luz ardiente
 Enciende y llena el anchuroso Cielo?
 ¿Dó el trono soberano
 Está? ¿El alcázar donde
 La corte que entre nubes reverente
 Asiste á la deidad, de cuya mano
 Pende la tierra, á cuya vista airada
 La mar huye espantada?

Tú bajas ¡oh! de tu esplendor desnudo
 A esta humilde morada
 Para habitar en el mortal mezquino,
 Para estrecharle en amoroso nudo.
 ¡Oh Señor! ¿qué es el hombre,
 Prole infiel engendrada
 En miseria y pecado? ¡Amor divino,
 Inmenso como Dios! ¡Así tu nombre,
 Tu omnipotencia y gloria y tu grandeza
 Se humilla á su baja!za!
 No yá como en Horeb de enmedio el fuego
 Un acento imperioso

Aparta, le dirá, del lugar santo:

Ni otra vez el mortal entre humo ciego
 Sobre el Siná encendido,
 En trueno pavoroso,
 Oirá la voz divina con espanto.
 De sí pródigo Dios al hombre unido
 Fué su víctima yá; y hora ¡oh portento!
 Ser quiere su alimento.

¿Cual? ¡oh! será la afortunada gente
 Á quien el rostro amable
 Su Dios así le muestre generoso?
 Entonad ¡oh mortales! dulcemente
 Canto no interrumpido:
 La piedad adorable
 Load, load del Dios que en delicioso
 Manjar se os dá: ¡oh amor! ¡oh! convertido
 Yo en Tí viviera el alma desmayada
 En dulzura anegada!

D. ALBERTO LISTA.

A la muerte de Jesús.

¿Y eres Tú el que, velando
La excelsa magestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? y el impio bando,
Que eleva contra Tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Golgotha, y al cielo
Alzas, gimiendo, el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y, su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,
Amor, más poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y, leon fuerte,
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh victima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y, hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿cuál brazo impio
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:

Al Santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guia,
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas, ¡ay! que eres Tú solo
La víctima de paz que el hombre espera.
Si del oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad que dominaba el suelo
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría;

Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita

Extinguir en su sangre solícita.

¿Oyes, oyes, cual clama:

Padre de amor, por qué me abandonaste?

Señor, extingue la funesta llama,

Que en tu furor al mundo derramaste:

De la acerba vengauza,

Que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No veís cómo se apaga

El rayo entre las manos del Potente?

Ya de la muerte la tiniebla vaga

Por el semblante de Jesús doliente:

Y su triste gemido

Oye el Dios de las iras complacido.

Vén, ángel de la muerte:

Esgrime, esgrime la fulmínea espada,

Y el último suspiro del Dios fuerte,

Que la humana maldad deja expiada,

Suba al sólio sagrado,

Do vuelva en Padre tierno al indignado.

Rasga tu seno ¡oh tierra!

Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo

Yace el Criador; mas la maldad aterra,

Y un grito de furor lanza el profundo:

Muere..... gemid, humanos,

Todos en Él pusisteis vuestras manos..

DE D. JUAN AROLAS.

Himno á la Divinidad.

Señor, Tú eres santo; yo adoro, yo creo;
 Tu cielo es un libro de páginas bellas,
 Do en noches tranquilas mi símbolo leo,

Que escribe tu mano con signos de estrellas.

Plegadas de espanto las trémulas alas

Delante del trono tus ángeles ves:

¿Quién sabe tus glorias? ¿Quién cuenta tus galas,

Si el sol es el polvo que pisan tus piés?

Tú enciendes el cráter del Etna y Vesubio,

Al mar señalaste linderos prescritos:

Tu amago de enojo produjo el diluvio,

Tu enojo el inferno, do están los precitos.

En vano con sombras el caos se cierra:

Tú miras al caos, la luz nace entonces;

Tú mides las aguas que ciñen la tierra,

Tú mides los siglos que muerden los bronces.

De largo reposo dictándoles leyes

Alzaste los montes, gigantes dormidos,

Poniendo en algunos, á guisa de reyes,

Diademas de fuego, volcanes temidos.

El mar á la tierra pregunta tu nombre,

La tierra á las aves que tienden su vuelo;

Las aves lo ignoran, preguntan al hombre,

Y el hombre lo ignora, pregúntalo al cielo.

El mar con sus ecos ha siglos que ensaya

Formar ese nombre, y el mar no penetra

Misterios tan hondos, muriendo en la playa

Sin que oigan los siglos ó sílaba ó letra.

Lo mismo con harpas de antiguo concierto

Del Lívano altivo los cedros ensayan

También los torrentes con voz del desierto;

Mas auras, torrentes y cedros desmayan.

Señor, Tú eres santo: yo te amo, yo espero.

Tus dulces bondades cautivan el alma:

Mi pecho gastaron, con diente de acero,

Los gustos del mundo, vacíos de calma:

Sus gustos falaces, que pasan cual flores,

Efimeras dichas, verdura en las eras:

»

¡Ah! dame la vida de dias mejores,
Sin hoy, sin mañana, sin horas ligeras.

Y en tanto que arrastro por duro destierro
La vida que hoy nace y al término toca,
Que gime sujeta con lazos de hierro,
Concede, Dios mio, su pan á mi boca.

Concede a mis penas la luz de bonanza,
La paz á mis noches, la paz á mis dias,
Tu amor á mi pecho, tu fé y tu esperanza,
Que es bálsamo puro que al ánima envias.

ODAS HERÓICAS.

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Á la invención de la imprenta.

¿Será que siempre la ambición sangrienta
Ó del sόlio el poder pronuncie solo
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria
¿Serán tal vez del hombre á quien daría
Eterno oprobio ó maldición la historia?
¡Oh! Despertad: el humillado acento
Con magestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

No los aromas del loor se vieron

Vilmente degradados

Así en la antigüedad; siempre las aras

De la invención sublime,

Del genio bienhechor los recibieron.

Nace Saturno, y de la madre tierra

El seno abriendo con el fuerte arado,

El precioso tesoro

De vivifica mies descubre al suelo,

Y grato el canto le remonta al cielo,

Y Dios le nombra de los siglos de oro.

¿Dios no fuiste también tú, que un día
Cuerpo a la voz y al pensamiento diste,

Y trazándola en letras, detuviste

La palabra veloz que antes huía?

Sin ti se devoraban

Los siglos á los siglos, y á la tumba

De un olvido eternal yertos bajaban.

Tú fuiste: el pensamiento

Miró ensanchar la limitada esfera

Que en su infancia fatal le contenía.

Tendió las alas, y arribó á la altura

De dó escuchar la edad que antes viviera,

Y hablar ya pudo con la edad futura.

¡Oh gloriosa ventura!

Goza, genio inmortal, goza tú solo

Del himno de alabanza y los honores

Que á tu invención magnífica se deben;

Contéplala brillar; y cual si sola

A ostentar su poder ella bastára,

Por tanto tiempo reposar natura

De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin, sacudiéndose, otra prueba

La plugo hacer de sí, y el Rhin helado

Nacer vió á Guttemberg. «¿Con que es en vano

Que el hombre al pensamiento

Alcanzase, escribiéndole, á dar vida,

Si desnudo de curso y movimiento

En letargosa oscuridad se olvida?

No basta un vaso á contener las olas
 Del férvido Océano,
 Ni en sólo un libro dilatarse pueden
 Los grandes dones del ingenio humano.
 ¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura
 Un tipo basta á producir sin cuento
 Seres iguales, mi invención la siga:
 Que en ecos mil y mil sienta doblarse
 Una misma verdad, y que consiga
 Las alas de la luz al desplegarse.»

Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
 Vieras la Europa atónita, agitada
 Con el estruendo sordo y formidable
 Que hace sañudo el viento
 Soplando el fuego asolador que encierra
 En sus cavernas lóvregas la tierra.
 ¡Ay del alcázar que al error fundaron
 La estúpida ignorancia y tiranía!
 El volcán reventó, y á su porfía
 Los soberbios cimientos vacilaron,
 ¿Qué es el monstruo, decid, inmundo y feo
 Que abortó el dios del mal, y que insolente
 Sobre el despedazado Capitolio
 A devorar el mundo impunemente
 Osó fundar su abominable solio?
 Dura, si; más su inmenso poderio
 Desplomándose vá; pero en su ruina
 Mostrará largamente sus estragos.
 Así torre fortísima domina
 La altiva cima de fragosa sierra;
 Su albergue en ella y su defensa hicieron
 Los hijos de la guerra,
 Y en ella su pujanza arrebatada
 Rujendo los ejércitos rompieron.
 Despues abandonada,
 Y del silencio y soledad sitiada,
 Conserva, aunque ruinosa, todavía
 La aterradora faz que antes tenía.

Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;
 Cae, los campos gimen
 Cou los rotos escombros, y entretanto,
 Es escarnio y baldón de la comarca
 La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienes
 Ornó de la razón mientras osada,
 Sedienta de saber la inteligencia
 Abarca el universo en su grau vuelo.
 Levántase Copérnico hasta el cielo,
 Que un velo impenetrable antes cubria,
 Y allí contempla el eternal reposo
 Del astro luminoso

Que dá á torrente su esplendor al dia.
 Siente bajo su planta Galileo
 Nuestro globo rodar: la Italia ciega
 Le dá por premio un calabozo impío,
 Y el globo en tanto sin cesar navega
 Por el piélagos inmenso del vacío.

Y navegan con él impetuoso,
 A modo de relámpagos huyendo,
 Los astros rutilantes; mas lanzado
 Veloz el genio de Newton tras ellos
 Los sigue. los alcanza,
 Y á regular se atreve
 El grande impulso que sus orbes mueve.

«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
 Hallar la ley en que sin fin se agitan
 La atmósfera y el mar, partir los rayos
 De la impalpable luz, y hasta en la tierra
 Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
 Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
 Vuélvete al hombre» Ella volvió, y furiosa
 Lanzó su indignación en sus clamores.
 «¡Con que el mundo moral todo es horrores.
 ¡Con que la atroz cadena
 Que forjó en su furor la tiranía
 De polo á polo inexorable suena,

Y los hombres condena
 De la vil servidumbre á la agonía!
 ¡Oh! no sea tal.» Los déspotas lo oyeron,
 Y el cuchillo y el fuego á la defensa
 En su diestra nefaria apercibieron.
 ¡Oh insensatos! ¿qué haceis? Esas hogueras,
 Que á devorarme horrib'es se presentan,
 Y en arrancarme á la verdad porfían,
 Fanales son que á su esplendor me guían,
 Antorchas son que su victoria ostentan.
 En su amor anhelante
 Mi corazón estático la adora,
 Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.
 No: ni el hierro ni el fuego amenazante
 Posible es ya que á vacilar me obliguen.
 ¿Soy dueño por ventura
 De volver el pié atrás? Nunca las ondas
 Tornan del Tajo á su primera fuente
 Si una vez hácia el mar se arrebataron:
 Las sierras, los peñascos su camino
 Se cruzan á atajar; pero es en vano;
 Que el vencedor destino
 Las impele bramando al Océano.
 Llegó, pues, el gran día
 En que un mortal divino, sacudiendo
 De entre la mengua universal la frente,
 Con voz omnipotente
 Dijo á la faz del mundo: «El hombre es libre.»
 Y esta sagrada aclamación saliendo,
 No en los estrechos límites hundida
 Se vió de una región; el eco grande
 Que inventó Guttemberg la alza en sus alas;
 Y en ellas conducida,
 Se mira en un momento
 Salvar los montes, recorrer los mares,
 Ocupar la extensión del vago viento;
 Y sin que el trono ó su furor la asombre,
 Por todas partes el valiente grito

Sonar de la razón: «Libre es el hombre.

Libre, si, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho

Se dilata escuchándote, y palpita,

Y el númen que me agita,

De tu sagrada inspiración henchido,

A la región olímpica se eleva,

Y en sus alas flamíferas me lleva.

¿Dónde quedais, mortales,

Que mi canto escuchais? Desde esta cima

Miro al destino las ferradas puertas

De su alcázar abrir, el denso velo

De los signos romperse, y descubrirse

Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra

Ese planeta misero en que ardieron

La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,

Como la peste y las borrascas huyen

De la afligida zona que destruyen,

Si los vientos del polo aparecieron,

Los hombres todos su igualdad sintieron,

Y á recobrarla las valientes manos

Al fin con fuerza indómita movieron.

No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;

Que amor y paz el universo llenan,

Amor y paz por donde quier respiran,

Amor y paz sus ámbitos resuenan.

Y el Dios del bién sobre su trono de oro

El cetro eterno por los aires tiende;

Y la serenidad y la alegría

Al orbe que defiende

En raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La grau columna,

El magnífico y bello monumento

Que á mi atónita vista centellea?

No son, no, las pirámides que al viento

Levanta la miseria en la fortuna

Del que renombre entre opresión granjea.

Ante él por siempre humea

El perdurable incienso
 Que grato el hombre á Guttemberg tributa:
 Breve homenaje á su favor inmenso.
 ¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
 De la fuerza aterró, sobre ella alzando
 Á la alma inteligencia!
 Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
 Su flujo eternizó libre y fecundo:
 ¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

D. JOSÉ MARIÁ HEREDIA.

Al Huracán.

Huracán, huracán, venir te siento,
 Y en tu soplo abrasado
 Respiro entusiasmado
 Del Señor de los aires el aliento.
 En las alas del viento suspendido
 Vedle rodar por el espacio inmenso,
 Silencioso, tremendo, irresistible
 En su curso veloz. La tierra en calma
 Siniestra, misteriosa,
 Contempla con pavor su faz terrible.
 ¿Al toro no mirais? El suelo escarban
 De insoportable ardor sus pies heridos:
 La frente poderosa levantando
 Y en la hinchada nariz fuego aspirando,
 Llama la tempestad con sus bramidos.
 ¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol, temblando,
 Vela en triste vapor su faz gloriosa,
 Y su disco nublado sólo vierte.
 Luz fúnebre y sombría,
 Que no es noche ni día.....

¡Pavoroso color, velo de muerte!
 Los pajarillos tiemblan y se esconden
 Al acercarse el huracán bramando,
 Y en los lejanos montes retumbando
 Le oyen los bosques, y á su voz responden.

Llega yá... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelos
 Su manto aterrador y majestoso!....

¡Gigante de los aires, te saludo!....

En fiera confusión el viento agita
 Las orlas de su parda vestidura....

¡Ved....en el horizonte

Los brazos rapidísimos enarca,

Y con ellos abarca

Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte!

¡Oscuridad universal!....¡Su soplo

Levanta en torbellinos

El polvo de los campos agitado!....

En las nubes retumba despeñado

El carro del Señor, y de sus ruedas

Brota el rayo veloz, se precipita,

Hiere y aterra al suelo,

Y su lívida luz inunda el cielo.

¡Qué rumor! ¡Es la lluvia! Desatada

Cae á torrentes, oscurece el mundo.

Y todo es confusión, horror profundo.

Cielo, nubes, colinas, caro bosque

¿Dó estais?...Os busco en vano:

Desparecisteis ...La tormenta umbria

En los aires revuelve un océano,

Que todo lo sepulta. ..

Al fin, mundo fatal, nos separamos:

El huracán y yo solos estamos

¡Sublime tempestad! ¡cómo en tu seno,

De tu solemne inspiración henchido,

Al mundo vil y miserable olvido